

# ORTO Y OCASO DEL IMPERIO INCA

Al borde del lago Titicaca, sobre la marca entre el Perú y Bolivia, encontré un hombre en trance de epifanía. Se le apareció Inti, el dios del Sol, confiándole la misión de transmitir un alto legado de cultura a los indios de las regiones andinas. Con el designio de señalar el centro y punto de partida para la realización de la empresa le entregó un áureo báculo: donde éste se hundiera en la tierra, allí era el lugar favorable y en torno a él se hallaba la zona elegida. El hombre, obediente al deseo de la deidad, emprendió una peregrinación, oteando el sitio de la futura obra, y el presagio se cumplió donde se levantaría, entre las sierras del Cuzco, la futura metrópoli del Imperio incaico.

Era Manco Cápac, fundador de la dinastía<sup>1</sup>, el primero en la lista oficial de los monarcas incaicos. Manco Cápac es una nebulosa figura, vinculada, en lo que sería el Imperio, a tradiciones que se insertan en la esfera de lo legendario. Pero las leyendas son aquí, como suele ocurrir dondequiera, fuentes históricas, y Cieza de León, tras la Conquista, en su gran Historia sobre los Incas, procura extraer la médula histórica del fondo legendario, diciéndonos que en el año 1000 de nuestra era fundó Manco Cápac la nueva ciudad en nombre del Sol y otras deidades, construyendo, con la ayuda de sus mujeres, una casa de techo pajizo, a la que llamaron Corte de Oro. Y este fue el origen del Cuzco.

La cronología de Cieza de León es puesta, hoy, en tela de juicio. Se calcula el período entre fines del siglo XII y comienzos del XIII como época del advenimiento de los Incas. Que estuviera éste vinculado estrechamente a la fundación de la ciudad de El Cuzco lo han hecho más presumible aún exploraciones arqueológicas que han sacado a la luz tempranos testimonios del estilo incaico.

Sin embargo, no ha de verse en esta fundación urbana la aquilina visión de un vasto Imperio del futuro, a lo que parece aludir la leyenda. Los comienzos fueron muy modestos. Sólo mucho más tarde se impuso la prepotencia del linaje Quichua bajo la dinastía incaica. Pero los primeros sucesores de Manco Cápac sólo tuvieron influjo regional. El verdadero Imperio incaico, el único gran Estado de la América prehispana, fue de data muy posterior y tuvo breve historia. Cuando, tras una búsqueda de ocho años, Francisco Pizarro, el más duro de los conquistadores españoles y uno de los más audaces, tropezó con él en 1532, llevaba apenas, en su máxima expansión, un siglo de existencia.

La leyenda de la fundación, sin embargo, evidencia un contenido de verdad histórica, que, frente a los puros datos de la historia profana, contribuye, con mayor profundidad y elocuencia, a hacernos ver la esencial configuración del Estado incaico. Las noticias

por GÜNTER LANCZKOWSKI

De la Universidad de Heidelberg

sobre época, motivos y trabajos de la fundación del Cuzco pueden traer su origen de leyendas que sólo en la época del gran Imperio cobraron forma y alcanzaron resonancia, pero trasuntan claramente la ley íntima de este Estado y su historia al atribuir a designio de la deidad la acción de Manco Cápac. Pues las intenciones religiosas que con ello son invocadas adquieren el carácter de leitmotiv en el destino de este Estado como factor —mucho más destacado en comparación con otros grandes Imperios— sencillamente determinante de la historia incaica.

Este gran Imperio de los Incas anterior a los conquistadores, que en la época de su máxima expansión abarcaba el Perú, extensas zonas de Chile, partes del Ecuador, Bolivia y la Argentina, alcanzando hasta Colombia y el Brasil, sólo inició su rápido auge bajo el noveno Inca de la dinastía, Cusi Yupanqui, que reinó entre los años 1438 y 1471, y se apellidó a sí mismo Pachacutic. También interpretó su acción como cumplimiento de una misión divina. Dos de los primeros cronistas del Imperio incaico, Cristóbal de Molina y Pedro Sarmiento, nos informan, con diferencias en los detalles, pero coincidiendo en lo esencial, sobre la aparición de la deidad a Pachacutic poco antes de su ascensión al trono, portento que determinaría su conducta.

Hacia el fin del reinado de su padre, el Inca Huiracocha, se encontraba Pachacutic fuera del Cuzco, junto a la fuente Sursurpuquio, cuando vio caer al agua un cristal. En él se le apareció la figura de un hombre vestido al modo de los Incas de linaje y con las clavijas en las orejas que eran distintivo de los nobles. Pero de la cabeza del hombre surgían tres rayos deslumbrantes como los del Sol, estaba ceñido por serpientes y abrazados sus hombros por un puma. Cuando Pachacutic vio esta figura, expresión de la "majestas" y lo "tremendum" de los númenes, se asustó terriblemente y quiso huir. Pero el aparecido, llamándole por su nombre desde la fuente, le habló de esta manera: "Ven, hijo mío, y no temas, pues soy tu padre, el dios del Sol. Has de saber que un día subyugarás a muchos pueblos: cúidate, pues, de rendirme el tributo de tu suprema veneración y piensa en mí en tus sacrificios".

La noticia sobre la epifanía de Pachacutic, transmitida por la tradición, concluye con la desaparición del dios del Sol tras su apóstrofe al Inca. Sólo el espejo de cristal, medium de la visión, quedó en la fuente. Pachacutic le recogió y le retuvo y guardó con supremo cuidado y parece que en él veía después todo lo porvenir. Y tan pronto como ascendió al trono hizo erigir al dios del Sol una estatua magnífica, que trasuntaba la visionaria aparición de la Fuente de Sursurpuquio.

Esta leyenda, que preludia la conquista de la gran

potencia del Imperio incaico, contiene en germen ya, al destacar la figura del dios del Sol, así como la sacralización del Inca reinante en virtud de un vínculo filial —hijo del Sol— toda la concepción religiosa fundamento de este gran Estado indiano.

Las ideas religiosas que echaron la base del Imperio de los Incas y le conservaron, se concentran, en primer término, en la adoración del dios Inti, del Sol, como numen y esencia, expresión de la energía divina y sagrado monarca de la vida en el mundo de los hombres. Dondequiera que extendieron su dominación los Incas como conquistadores, llevaron consigo la religión del Sol. Sin embargo, nunca intentaron imponer y propagar su fe de modo exclusivo. Cultivaban una tolerancia, que, en cuanto era posible y compatible con su fe, permitía la conservación de las formas de religión vigentes en los distintos pueblos, exigiendo sólo, como un agregado, la aceptación del dogma oficial del Estado de los Incas.

Hay la tendencia a la consideración peyorativa de este proceder en el sentido de ver en tal conducta una especie de "política religiosa". No debe olvidarse, sin embargo, que para los propios Incas la fe de Inti en modo alguno era concebida con un criterio mono-teísta que excluyera la fe en otras deidades. Precisamente de Pachacutic, al que se puede considerar como el más fanático mensajero del culto del Sol, se cuenta que, hablando con sus sacerdotes, expresó su duda de que el Sol, cuyo influjo puede atenuar una simple nube, sea una suprema y omnipotente deidad. Una más grande tiene que estar sobre él, añadió, en clara alusión al dios Creador de los habitantes de las sierras andinas, al gran Huiracocha.

Ahora bien, en el sentido del auge del Estado y su trabazón interior, fue, como centro de irradiación de fuerza, de máxima significación el culto de la deidad solar. El Imperio de la dinastía que le mantenía unido, nació, se mantuvo y cayó con el ocaso del culto del Sol, ya que en él fundaba su única y sagrada hegemonía. La materialización de una monarquía teocrática era la característica de la íntima estructura del Imperio incaico.

La monarquía teocrática no es, ciertamente, un fenómeno peculiar del Perú y las tierras por los Incas sometidas en la América prehispana. En los pueblos elementales, en los Estados asiáticos y del antiguo Oriente encontramos esta fusión de poder, derecho y régimen, como institución ya consolidada en el momento en que estos Estados ingresan en la luz de la historia. En todo caso son posteriores crisis de este fenómeno lo que podemos observar. En cambio el Imperio de los Incas se incluye en los raros casos que nos permiten observar la consciente y planificada sacralización de la monarquía iniciando el orto del Estado. Según la fidedigna noticia de Sarmiento fue

Pachacutic quien inauguró la teocracia de los monarcas Incas.

En un monarca teocrático puede verse un dios, un elegido por el dios o un hijo de la deidad. Que el dogma del Estado de los Incas se basó en la última presunción se infiere ya de la simple narración de la epifanía de Pachacutic en la Fuente de Sursurpuquio. Inti, el dios del Sol, apostrofa al futuro monarca con las palabras "hijo mío" y el Inca así proclamado como "Intip Cori", Hijo del Sol, ostentó este nombre como uno de sus títulos.

Expresión e instrumento para el resguardo de la teocracia es un riguroso ceremonial de carácter ritual y religioso con el que es rodeado el monarca. En el Imperio de los Incas ningún mortal tenía derecho a mirarle a la cara y aun para los grandes y poderosos del Estado era ley inflexible no acercársele en el palacio o durante sus viajes sin antes despojarse de las sandalias y poner un fardo sobre sus hombros en simbólica señal de sumisión. También en esto es Pachacutic el gran innovador y hasta qué punto era consciente de esta misión histórica lo demuestran las palabras de admonición en la hora de su muerte a Tupac Yupanqui, su hijo y sucesor, el décimo Inca, conminándole a tener valor y defender y guardar con supremo rigor el ceremonial teocrático. Le habló de esta manera: "Hijo, como herencia te dejo grandes y numerosos pueblos: bien sabes cuánto dolor, cuánto esfuerzo me ha costado. Sé hombre para conservarlos y aumentarlos. ¡Que nadie que levante hasta ti los ojos quede con vida aunque se trate de tus hermanos!"

Para Pachacutic la deificación del Inca constituía, dentro de una zona de dominación de gran vastedad, muy diversificada desde el punto de vista lingüístico, racial, geográfico y climático, el fundamento espiritual para medidas de carácter administrativo que deberían garantizar la unidad y grandeza del Imperio y facilitar la institución de un régimen jurídico general obligatorio y de una lengua oficial única —el quichua fue declarado lengua oficial ya en el comienzo de su reinado— así como para la apertura de vías trajineras de penetración, los grandes "Caminos del Inca", que desde los tiempos de Alejandro de Humboldt han suscitado la unánime admiración de todos los interesados en el redescubrimiento de la vieja cultura incaica.

Pero la posición, de excepción suprema, del monarca, religiosamente transfundida, abría, indudablemente, un abismo entre los dos grandes grupos del pueblo y la nobleza y el Sapay Inca, el "Inca único", como el monarca se llamaba a sí mismo. Sólo él era el dueño legal del país entero y todas sus tierras, sólo sus decisiones eran decisivas y en realidad sólo para él y su adoración existía el Estado. Esta forma de monarquía,

sin embargo, no se hacía sentir como una opresión. Para el estado de conciencia de un pueblo bajo el régimen de una monarquía teocrática es elocuente el testimonio de Cieza de León, aquel sencillo soldado de la Conquista, quien dice haber tropezado en la región del Cuzco con indios que recordaban, arrasados los ojos, a sus monarcas idos. Tiene que haber contribuido esencialmente a esta actitud la insobornable justicia con que el Inca ejercía sus funciones de supremo juez, parte integrante de la monarquía teocrática según Aristóteles.

La consecuencia con que Pachacutic impuso su régimen universal en los comienzos del orto incaico cobra elucidación —y no en último término— en el tributo a los que le habían precedido. En el santuario principal del Cuzco y del Imperio, el áureo templo de Curicancha, que pasó a poder de los dominicos en los días de la Conquista, hizo sentar Pachacutic en tronos de oro y provistas con máscaras de oro las momias de los monarcas extintos, con el emblema del Sol a derecha e izquierda. De las ideas del pueblo sobre una vida post mortem sabemos poco. Para la creencia en la inmortalidad del Inca los tronos y momias del templo nos brindan un testimonio inequívoco.

La creencia en la presencia viva de los antiguos Incas se manifestaba en forma evidentísima en la gran fiesta del Estado, la Fiesta del Sol, que caía en el solsticio de invierno del hemisferio austral. En esta Fiesta del Sol —Intip Raimi— las momias de los monarcas eran llevadas en solemne procesión a través del Cuzco. En la fiesta del Intip Raimi puede verse también, por lo demás, un resumen de la fe en el dios Sol y su réplica terrenal: el culto del Inca. El Inca Garcilaso de la Vega, de linaje incaico por su madre, nos ha dejado una detallada descripción de la fiesta. Era preludiana la Intip Raimi con la adoración del Sol. "Cuando todo estaba preparado hacía su aparición, a la hora del alba, el Inca, acompañado de toda su parentela, dirigiéndose a la plaza principal de la ciudad, donde esperaban la salida del Sol. En el instante del orto caían de rodillas para adorarle con amorosa ternura, pues veían en él a su dios y padre... El siguiente rito corría a cargo del Inca como primogénito en nombre de su padre, el dios del Sol. Con la copa en la diestra le invitaba a beber".

En su relación describe luego Garcilaso de la Vega el rito de los sacrificios de animales durante la Intip Raimi. Se trataba tanto de holocaustos como de sacrificios viscerales. El del corazón indica que los Incas, de modo parecido a la práctica religiosa azteca, veían en la sangre del corazón un alimento del Sol. Por lo general se hacían estos sacrificios únicamente con animales y hay testimonios fidedignos de que los sacrificios humanos sólo constituían casos de excepción en el Imperio de los Incas.

Si auge y grandeza del Imperio de los Incas se situaban por completo bajo el signo religioso, las fuerzas que provocaron su caída estaban determinadas por impulsos religiosos igualmente. Cuando en la época de los Descubrimientos la Conquista llevó a cabo una acción directa europea en el ámbito de la América intacta, destruyendo las culturas indianas y sus Estados, tuvo lugar el encuentro de una fe cuya expansión coincidía con las fronteras del Estado y una religión universal que espiritualiza el concepto nación y rebasa conscientemente las áreas de dominio de las potencias terrenales. Sin la intención misionera que aquí se vincula y sus evoluciones históricas en la Península Ibérica no podrá comprenderse la Conquista.

En el proceder de los conquistadores la finalidad de ganancia económica y la explotación de las materias primas, la busca de tesoros, de oro sobre todo, representó un papel tan importante como el designio de dominación y expansión política. Pero estos estímulos económicos y políticos se vincularon y justificaron en el pensamiento de los conquistadores con una conciencia misionera que en algunos aspectos representa una revitalización del legado de las Cruzadas.

Una figura sintomática se sitúa en los comienzos de la Conquista: la del Príncipe Enrique, tercer hijo de Juan I de Portugal (reinó de 1385 a 1433). A pesar de que en sus viajes no llegó más allá de las costas marroquíes, la historia dio a este Príncipe el nombre de Enrique el Navegante. En sus ideas y designios se combinaban el realismo económico y las visiones del cruzado. Poseído por ideas y formas de vida medievales, educado en las tradiciones del Estado portugués surgido de los restos del poder cristiano-visigótico como valladar y frontera de Occidente frente al Islam, pensaba el Príncipe Enrique, terminada ya la Reconquista, en la recuperación política del Portugal cristiano en lucha contra el poder islámico-mauritano, y apostado en Sagres, ocupó el palacio frente al mar, en el que estableció su cuartel general para la gradual conquista del mundo, con su seminario geográfico, con su atalaya sobre los horizontes y su célebre Escuela de Náutica. En los comienzos de la

universal expansión de Europa por todas las zonas de la tierra se sitúa la ampliación y transformación de la Reconquista, afín a la idea de las Cruzadas, convirtiéndose en Conquista, en invasión misionera del mundo pagano. Bajo este signo se produjo —por poco que en la realización práctica hayan respondido algunos aspectos al ideal— la penetración conquistadora en el ámbito de las altas culturas prehispanicas.

A pesar de todos los intentos de explicación sigue constituyendo un enigma —para la fuerte trabazón del Estado incaico más aún que para la menos recia conexión de las formas estatales de los aztecas mexicanos— la increíble rapidez con que lograron destruir los conquistadores la bastante sólida firmeza de los Estados indianos. Los mal armados 70 jinetes y 110 infantes que conquistaron el Imperio de los Incas representan, como poder bélico, una asombrosa minoría. Incluso la conmoción psíquica que hayan podido producir las armas de fuego sólo en los primeros momentos mantuvo su efectividad. La crisis de la lucha intestina provocada por la querrela familiar entre Atahualpa y Huáscar había sido superada: no hay pues, para el desastre, una explicación suficiente.

Si la tradición nos habla de un aciago signo como presagio del ocaso y fin del Imperio de los Incas no significará ello explicación en el sentido de la historia profana, pero alude a un íntimo acontecimiento dentro de la intencionalidad religiosa de la potestad incaica, atacada sólo desde fuera por el ariete de la Conquista. Religiosa es la historia del Estado de los Incas desde su orto a su ocaso, cobrando así el final consecuencia y significación. Del último monarca inca de poder no disputado, Huaina Cápac —el padre de Atahualpa y Huáscar— se cuenta que a la hora de su muerte se le apareció un enlutado mensajero del dios Creador y le entregó un cofrecillo cerrado. Al levantar Huaina Cápac la tapa salieron del interior, acosándole, polillas y mariposas negras. Ellas habrían propagado la mortal epidemia que asoló al ejército de los Incas, causando la muerte del propio Huaina Cápac cinco años antes del ocaso de su Imperio.

<sup>1</sup>N. de la R. Según el jesuita Acosta ("Historia natural y moral de las Indias") fue Sinchi Roca el verdadero fundador.

LA FANTASIA... (Viene de la pág. 85)

*mío ha sido la capacidad y la inclinación para ver y oír, para distinguir y elegir y dar vida con espíritu propio a lo visto y oído y reproducirlo con alguna habilidad. De ningún modo debo mi obra tan sólo a mi sabiduría, sino a miles de cosas y personas fuera de mí mismo que me brindaron el material. Por ahí anda-*

*ban locos y sabios, cabezas claras y obtusas, infancia, juventud, edad madura y todos me decían lo que su intención les dictaba, lo que pensaban, cómo vivían y se desenvolvían y qué experiencias habían tenido. Y yo sólo necesitaba extender la mano y cosechar lo que otros habían sembrado para mí.*

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE.